

DR. JOSÉ MANUEL SÁINZ JANINI*

OBJETIVOS HUMANISTAS EN MEDICINA Y EN LA SEGURIDAD SOCIAL

EL HOMBRE HA REALIZADO tantos prodigios técnicos en los últimos cincuenta años, que el progreso material alcanzado en este lapso supera, quizá, al que pudo lograr en varios siglos de su historia. Las concepciones más audaces y los avances más espectaculares no son, en la actualidad, más que algo que se considera como lo normal y como lo lógico para nuestra época.

Sin embargo, todo este progreso material sólo le ha redituado al hombre una mínima proporción de felicidad, y sí, en cambio, lo ha rodeado de un ambiente de temor y de inseguridad ante su porvenir. Se asoma ya, audaz, al espacio exterior y se prepara para la conquista de otros mundos; pero no ha podido resolver los problemas más elementales de éste, que ha sido siempre el suyo. Y es que la Humanidad no ha cimentado su progreso sobre una base sólida, sino que lo ha logrado partiendo de un principio de injusticia, como es el de haber dispensado la inmensa mayoría de sus bienes a sólo una mínima parte de los hombres que la integran.

* Primera Jornada Médica Nacional (Conferencia Institucional).

El hombre de nuestro tiempo se ha deslumbrado a sí mismo con sus progresos técnicos y se ha convertido en un esclavo de algo que él mismo creó, pero con el objeto de servirle, no de que lo dominara. En la irracionalidad en que le ha hecho caer su ambición, se ha olvidado de su verdadera razón de ser; ya que no ha sabido o no ha querido entender que el ser hombre es algo mucho más grande que el simple hecho de existir. Y es que su egoísmo no le deja ver que su mayor esfuerzo lo debe dedicar al amor y al respeto que, como hombre, le debe al hombre mismo; y no sólo a su vida, sino, sobre todo, a su dignidad. Todas las convulsiones a que está sometida nuestra época, tienen su origen, más que en bases políticas, en motivos de una injusticia social, que ha permitido a un grupo de hombres, tan ciego como poderoso, el cubrir con un velo de infamia a la dignidad del hombre. Esta facción ha acaparado, para sí, bienes que no le son exclusivos; mientras frente a ella, como una muestra de su injusticia, treinta y cinco millones de seres humanos mueren cada año, por carecer del alimento indispensable para subsistir. Y estos seres, antes de morir, del círculo en que los ahogan la miseria y la

enfermedad, levantan su voz de protesta, ya que si tienen hambre de pan porque son pobres, tienen, sobre todo, hambre de justicia por el hecho de ser hombres.

Mientras existan quienes se empeñan en dar a título de limosna lo que es de estricta justicia y que se conforman con otorgar dádivas, sin preocuparse por elevar de su inferioridad social, económica y cultural al resto de la Humanidad, cada paso en el progreso técnico no hará más que incrementar las diferencias y el odio entre los hombres.

Este desprecio del hombre por el hombre mismo no es más que el síntoma sobresaliente de la época en que vivimos; pero no hay que olvidar que mientras el hombre siga siendo un creador de injusticia, será, también, un desertor de su propia dignidad.

Esa atracción desmedida que siente el hombre actual por la técnica y su olvido de lo que son los supremos valores, no ha sido ajena, tampoco, para nosotros los médicos; que aunque no hemos llegado a los excesos, sí nos olvidamos, a veces, de conservar e incrementar el profundo sentido humano que tiene el ejercicio de nuestra profesión.

El médico moderno, ante los avances espectaculares de la ciencia, no quiere, ni puede quedarse atrás. Dedicar buena parte de su tiempo a la investigación o al conocimiento de los trabajos que, en su rama, se realizan en las diversas partes del mundo. Pero este trabajo tan meritorio y tan valioso por sí mismo, se ve desvirtuado, a veces, por una triste realidad y es la de que el médico parece estarse acostumbrando, cada vez más, a preocuparse por las enfermedades, pero olvidándose de los enfermos. Conoce mejor lo que es el organismo humano, pero crece su ignorancia sobre la persona que lo integra. Cada vez habla más sobre el número de sus casos; pero se olvida de que esas estadísticas están hechas a base de la experiencia obtenida en hombres que viven, que sienten y que piensan como él.

La salud de la Humanidad depende, básicamente, de nosotros los médicos y, por lo tanto, el ejercicio de nuestra profesión alcanza las ansiedades más legítimas del hombre. Si a él, como representante de toda la Humanidad, le preguntáramos su opinión sobre nuestro ejercicio actual, seguramente nos contestaría que aunque nuestros avances técnicos no fueran tan espectaculares, preferiría que dedicáramos una mayor parte de nuestro esfuerzo a algo que ninguna computadora electrónica le puede ofrecer y que es el calor humano que necesita para gozar de una salud integral.

Grande debe ser nuestra sed de conocimientos y grande debe ser nuestro amor a la ciencia, pero debemos tener en cuenta que ella, por maravillosa que sea, sólo es el medio para servir mejor a un ser, que ante todo, es un ser humano. No podemos, ni debemos olvidar que por grandes que sean nuestros progresos y por perfecta que llegue a ser nuestra técnica, nunca podremos suplir a la personalidad del enfermo como factor de enfermedad, ni a nuestra personalidad de médicos como factor determinante de curación.

Es indudable que para el ejercicio de nuestra profesión se requiere una vocación natural, firme y bien orientada; pues el médico no es sólo el científico o el técnico sino que es, sobre todo, el hombre que sabe comprender al que sufre y al que lo necesita; el que está dispuesto a servir y el que concibe que para la salud de los enfermos no sólo son importantes el diagnóstico oportuno y la terapéutica eficaz; sino, también, la confianza que sabe despertar en ellos.

Podría aplicarse una versión popular al decir que "el médico nace, no se hace" o recordar la frase de Flexner: "La Medicina no se enseña; se aprende". Esto quiere decir que no se puede hacer un médico de quien no ha nacido para serlo; ni se le puede enseñar Medicina a quien su propia vocación no le obliga a aprenderla, entenderla y quererla. El ser médicos es algo que ya llevamos dentro de nosotros mismos y que en ningún libro pudimos aprender. En las aulas, en los laboratorios o en los quirófanos sólo se nos pudo enseñar la forma de llevar a la práctica nuestro anhelo de servir. Nuestros maestros solamente pudieron aconsejar, pulir y dar forma más concreta a nuestra personalidad; pero médicos solamente nos pudo hacer nuestra propia vocación.

El solo hecho de poseer un título no garantiza la existencia de un médico; pues médico solamente puede ser aquél que sabe valorar a la salud por lo que ella representa para su paciente; es decir, que aprecia a la vida o a la muerte por lo que ellas significan para su enfermo y que no las considera sólo como un triunfo o como una derrota de su propio orgullo o de su egoísmo. *Médico es aquél cuya dimensión de vida es igual a su anhelo de servir.* Aquél cuyo respeto y estimación para sus enfermos son tan grandes, que su trato y su atención para con ellos, no serían diferentes, si en tal situación encontrara a alguno de los seres que para él son los más queridos: los padres, la esposa o uno de sus propios hijos. *Médico sólo es aquél que no se conforma con devolver la salud; sino que, además,*

sabe inspirar en su enfermo una razón para vivir. Médico, en una palabra, sólo puede ser el que actúa como un ser humano ante otro ser humano que es su enfermo y que entiende, perfectamente, que ambos forman parte de una Humanidad, que estaría incompleta sin alguno de los dos.

Esta idea de lo que es el médico y de lo que es la esencia misma de su profesión, se juzga muchas veces, en nuestra época como algo que ya resulta anacrónico y propio del romanticismo de tiempos pasados. Sin embargo, somos médicos al igual que lo fueron Hipócrates, Galeno o Paracelso; Lister, Bernard o Liceaga. Ellos actuaron en su época con los recursos que tuvieron a mano y nosotros lo hacemos en la nuestra, con los que tenemos ahora; pero el verdadero valor de nuestra profesión, que es su valor humano, ha sido y será siempre el mismo. Los tiempos y con ellos los conocimientos, son los que cambian; pero el concepto básico es el que es eterno.

Esta personalidad del médico y el sentido profundamente humano de su profesión son los que no deben perderse por grandes que sean los alcances de la ciencia contemporánea. El médico tiene la obligación de actualizarse en todos los adelantos que la técnica le ofrece y debe sentirse atraído por lo que de ciencia tiene su profesión; pero, sobre todo, debe amarla por lo que de humano tiene su filosofía.

Es cierto que al abrir la ciencia actual horizontes tan amplios para la Medicina, el médico está imposibilitado para abarcar un panorama integral y tiene que limitar su campo de acción. Esta limitación lo ha obligado al trabajo en equipo y a requerir la ayuda de centros de investigación y de control, tanto para el diagnóstico como para el tratamiento de sus enfermos; pero todo ello nunca podrá abolir la importancia de un interrogatorio bien dirigido, de una exploración cuidadosa y, sobre todo, de un juicio sereno y bien orientado.

Los adelantos de la técnica nos han obligado, en bien de nuestros enfermos, a mecanizar muchos procedimientos; pero esa mecanización nunca podrá substituir al papel profundamente humano de la Medicina, ni al valor que para la salud integral del individuo tiene la relación directa entre el hombre médico y el hombre enfermo. La técnica no debe desviar nuestro conocimiento, ni nuestra comprensión de lo que verdaderamente es el hombre, ya que como afirma Ryle: "La ciencia sin humanismo puede trabajar con átomos; pero nunca trabajará con hombres". Y es que

en esa relación estrictamente humana entre el médico y el enfermo es en donde radica la verdadera esencia de nuestra profesión. Un grave peligro, en este sentido, corre el médico ante las desviaciones que sufre su criterio sobre la especialización. Es cierto que dada la imposibilidad del médico para abarcar completos todos los campos que la ciencia le ofrece, se ve obligado a restringir su atención sólo a algunos, con el objeto y por la necesidad de conocerlos mejor. Es pues, absolutamente necesaria la existencia de las especialidades dentro de la Medicina; pero no se debe llegar al error de pensar que sólo se puede ser buen médico, en nuestra época, si se es especialista.

El ejercicio de la Medicina general y la formación de buenos médicos generales es y será siempre de una absoluta necesidad. En países tan adelantados, técnicamente, como lo son los Estados Unidos de Norteamérica, se buscan afanosamente las fórmulas adecuadas para incrementar el número de candidatos que quieran dedicarse al ejercicio de la medicina general; pues ha sido comprobado que la deshumanización profesional que se observa en ese país y el deterioro que ha sufrido la cordialidad médico-paciente, se deben a la ausencia, cada vez más marcada, de los auténticos médicos de familia. Este problema, alarmante por sí mismo, no es exclusivo de los Estados Unidos; sino que es el reflejo de lo que está sucediendo en todas las partes del mundo, incluyendo a nuestro país. La explicación es sencilla y se basa en el hecho de que el estudiante o el médico recién graduados se sienten impresionados por los avances que ha logrado la ciencia médica y desean convertirse, de la noche a la mañana, en brillantes cirujanos o en grandes investigadores, iguales o superiores a los que admiran. La inquietud natural de su juventud les impide analizar cuál ha sido la vida y la trayectoria de sus maestros; pues si las estudiaran con detenimiento, podrían comprobar que los éxitos logrados no son el resultado de una casualidad; sino que son el producto de sacrificios y de desvelos, así como de una larga trayectoria de estudio y dedicación, que se inició con la madurez alcanzada en el ejercicio de la medicina general.

Es bien sabido que no se llegará nunca a ser un buen especialista, si no se ha sido primero un buen médico general; pues sólo siendo y sintiéndolo, se puede comprender que el ser humano es un todo, física y psíquicamente del que no se puede desprender la fracción que maneja una especialidad. Si bien es cierto que la personalidad del médico es producto de su vo-

cación y de la formación que ha recibido, su verdadera madurez la alcanza, sobre todo, mientras actúa como médico general; pues a ese nivel es en donde mejor comprende que sus enfermos no sólo necesitan atención profesional, sino que también requieren de apoyo, simpatía y comprensión. Por lo tanto, ya que es necesaria la especialización, pero si se quieren evitar las desviaciones que sufre su ejercicio, es indispensable que para formar especialistas, se formen antes buenos médicos generales y que esta oportunidad sólo se dé como un estímulo al esfuerzo de quien haya demostrado capacidad técnica y humana en el ejercicio de la Medicina general.

El doctor Ignacio Chávez, en su ya célebre conferencia de Bruselas sobre la "Grandeza y miseria de la especialización médica", señaló lo siguiente: "Es cierto que la especialización trae en su interior una enorme fuerza expansiva de progreso, responsable en buena parte del avance espectacular que estamos presenciando; pero también contiene el germen de una regresión en el orden intelectual y espiritual. Especialización quiere decir fragmentación, visión parcial, limitación de nuestro horizonte. Lo que se gana en hondura se pierde en extensión. Para dominar un campo del conocimiento se tiene que abandonar el resto. El hombre se confina así en un punto y sacrifica la visión integral de su ciencia y la visión universal de su mundo. Sufre con ello su cultura general, que se ve obligado a soltar, como se suelta un lastre; sufre después su formación científica porque deja de mirar la ciencia como un todo, para quedarse con una pequeña pobre rama entre las manos. Sufre por último, su mundo moral, porque el sacrificio de la cultura constituye un sacrificio de los valores que debieran fijar las normas de su vida. Y en este drama del hombre de ciencia actual se perfila un riesgo inminente: la deshumanización de la Medicina y la deshumanización del médico".

Esta intranquilidad del doctor Chávez debe ser la intranquilidad de todos nosotros; pues el problema es real y no ficticio. Es indudable que existe la necesidad de la especialización dentro de la Medicina, porque, como él asegura, de ella dependen, en gran parte, los adelantos que podemos poner al servicio de la salud del hombre. Pero lo que no debe ser, lo que no pueden permitir los especialistas es que la fragmentación, que por fuerza tienen que hacer de su dedicación profesional, fragmente también su personalidad como médicos. El especialista que sólo conozca su materia; podrá llegar a ser un técnico en lo que a él concierne, pero

nunca será el médico que su enfermo necesita; ya que buen especialista sólo puede ser aquél que no se conforma con el estudio de los órganos que corresponden a su rama; sino que profundiza en su relación con los demás, a los que debe conocer lo suficiente como para integrar un estudio completo; y no sólo del conjunto que forman como organismo, sino, también, de la personalidad que alienta al ser humano que es su paciente.

Otro de los peligros que acechan al médico moderno y que pueden provocar la pérdida de su humanismo, es el de que caiga en el error de la despersonalización. Este error que es error de nuestra época, es producido por el deseo de sacrificar el valor individual del hombre en aras del conjunto, de la organización o de la masa; es decir, del hombre indiferenciado. Es indiscutible que dados los adelantos técnicos actuales y a los que se llegará en el futuro, el trabajo del médico se debe realizar dentro de instituciones organizadas; ya que ni sus propios recursos, ni los de sus enfermos, le permiten, por sus altos costos, el poner al servicio de éstos todos los procedimientos que la ciencia médica moderna puede ofrecerles. Pero eso no quiere decir que el médico deba perder su personalidad, ni el valor individual que, como hombre, tiene para su paciente. No debe confundir lo que tiene una idea positiva y humanista con lo que provoca una actitud negativa e injusta. No debe ver en las instituciones estructuras burocráticas que desean absorberlo para quitarle su personalidad; sino que, por lo contrario, debe sentir en ellas el apoyo para un ejercicio profesional más completo y reconocer que son el medio que le facilita todos los elementos para actuar mejor como médico ante un enfermo.

Es importante, sin embargo, el tomar en cuenta que el médico, como fue educado, hasta ahora y durante siglos, dentro del concepto liberal de la profesión, sufre, en nuestra época, que es época de transición definitiva, el lógico descontrol que ocasiona todo aquello que es nuevo o desconocido. Esto ha pasado siempre que la historia ha recibido los impulsos de cambios trascendentales. Y un paso trascendental en el ejercicio de nuestra profesión ha sido, sin duda, la medicina institucional. Es por ello, que nos corresponde a nosotros, como médicos y como hombres de una cultura superior, el hacer un análisis sereno del momento en que vivimos, de las oportunidades que se nos brindan y de lo que nos conviene como individuos; pero sin olvidar en ninguna de nuestras consi-

deraciones que somos practicantes de una profesión cuyo fin es servir a los demás.

El concepto liberal de nuestra profesión, obviamente, es tan antiguo como el propio ejercicio de la medicina y el único concepto institucional que se tuvo de ella, durante siglos, fue el de la medicina de caridad, que se ejercía en hospitales dedicados a menesterosos, que no contaban con los recursos suficientes para el pago de su atención o para cubrir las necesidades que se derivaban de su padecimiento. Aunque en el pasado los métodos eran más rudimentarios y, por lo tanto, más barato el tratamiento, muchos, por su pobreza, no podían tener acceso a un consultorio; y lo que es peor, no alcanzaban ayuda de los dispensarios, por su falta de cupo o por la limitación de los medios que podían suministrar el Poder Público y las sociedades de beneficencia. Esta gran injusticia o sea la de prestar atención médica de acuerdo con las posibilidades económicas y no en razón de las necesidades del enfermo, sólo fue corregida con el advenimiento de la Seguridad Social; pues su doctrina señala que todo ser humano debe ser protegido con los mismos elementos y sin distinción de raza o de categoría social y económica. Es decir, señala que al ser humano se le debe servir por el solo hecho de serlo y que ello es una obligación ineludible de la sociedad a la que pertenece.

Esta doctrina, justa por sí misma, es doctrina de nuestra época y su concepción suaviza, pero no puede borrar la injusticia cometida durante siglos, puesto que el hombre es el mismo desde que existe. Es cierto y de elemental justicia el reconocer que entre los médicos que nos precedieron, ilustres unos, modestos otros, pero todos con igual cariño y respeto para nuestra profesión, fueron muchos los que prodigaron su atención y sus cuidados a los menesterosos, sin más retribución que el agradecimiento de ellos y la satisfacción propia de haber cumplido con su deseo de servir. Sin embargo, si somos serenos en nuestro juicio, comprendemos que lo que ellos hicieron, lo hicieron como un acto voluntario, de caridad o como quiera llamársele; pero que, seguramente, no fueron tantos los que lo entendieron, estrictamente, como una obligación. Esto no les resta ningún mérito, porque vivieron otras épocas y en otras corrientes del pensamiento; e incluso, en su acto voluntario, estuvo la grandeza de un espíritu que nosotros debemos admirar. Pero en nuestro tiempo, con la madurez de criterio profesional que da un sentido más completo de lo que es la justicia para el

ser humano, nosotros, como médicos y como hombres, debemos estar acordes en que los beneficios de la medicina actual y los adelantos que en el futuro obtenga, deben ser disfrutados por todos los hombres, sin distinción de raza, de color, de nacionalidad, de cultura o de posición económica; sino que a todos y cada uno de ellos les debemos servir, con todos nuestros medios, por el solo hecho de ser seres humanos como nosotros. En épocas anteriores se tenía como un ejemplo de la virtud profesional del médico su atención gratuita a los necesitados; ya que para subsistir él, dependía, únicamente, de los honorarios de sus enfermos. Pero, actualmente, la seguridad social le da una tranquilidad que le permite juzgarlos y atenderlos sólo por sus necesidades de salud, sin las restricciones que antes le imponían sus posibilidades económicas.

Un ilustre filósofo ha escrito, recientemente, que la medicina de la seguridad social, es medicina para pobres. Hay un error en su criterio; pues, si bien es cierto que sus beneficios han alcanzado, preferentemente, a las clases necesitadas; ello se debe a que carecieron siempre de todo, como resultado de una injusticia secular. Si la seguridad social está en la posibilidad de poner todos los recursos de la ciencia moderna al servicio del pobre, también los pone al servicio del rico; pues su única meta es la de servir al hombre, sin importarle cuál sea su condición económica. La medicina socializada sí es medicina para pobres, pero no en el sentido limitado de la carencia de bienes materiales que el autor le da a la pobreza; sino en el amplio concepto que de ella tiene la seguridad social, ya que el hombre es verdaderamente pobre cuando le faltan esperanza, salud, confianza y tranquilidad.

La seguridad social y la medicina que dentro de ella se imparte, son un ejemplo de lo que puede hacer la solidaridad humana en beneficio del hombre; pues su filosofía no está basada en los conceptos de una caridad mal entendida, como el de dar algo de lo mucho que les sobra a unos, para socorrer a otros a quienes les hace falta todo. Su doctrina es la de la ayuda mutua, basada en una contribución racional, según las posibilidades individuales, pero con una distribución justa y equitativa de acuerdo con las necesidades de cada uno. Este criterio no sólo debe ser el criterio de la seguridad social, ya que siendo su doctrina una doctrina médica por excelencia, debe ser también, el de todo aquel que sea médico y que comprenda cuál es el verdadero valor de su profesión. La seguridad social es sin duda, una de las ambiciones

más legítimas del hombre y una necesidad de la etapa histórica que vivimos. En esta época, cuya característica más sobresaliente es la ambición por los bienes materiales, la doctrina de la seguridad social, que también es de libertad, puesto que libera al hombre de la incertidumbre del mañana, es uno de los cauces que deben hacer regresar a nuestra civilización a un concepto verdaderamente humano.

Si dentro de todo este sentido de justicia, pudiera quedarnos alguna duda sobre si la seguridad social ha podido beneficiar a algún grupo en particular, seguramente que ese beneficio ha sido para la profesión médica; pues además de darnos toda la protección que nos corresponde como hombres, nos ha otorgado todas las facilidades y toda la ayuda que necesitamos como médicos.

La seguridad social por sí misma, y aún sin considerar su doctrina humanista, ha sido un factor determinante en el progreso que la ciencia médica ha registrado en los últimos años. Los recursos que ha aportado su espíritu de solidaridad, no hubieran podido reunirse sin ese principio. En nuestro propio país, el progreso actual de la medicina está íntimamente vinculado al progreso del Instituto Mexicano del Seguro Social. Prueba de ello no son solamente los grandes Centros Médicos, sino todas y cada una de las Unidades, que por toda la geografía nacional, ponen al servicio del médico y de sus enfermos, todos los adelantos que la medicina moderna puede ofrecerles. A ello se debe agregar el apoyo institucional para cada una de las necesidades individuales; es decir, que el paciente no está atendido sólo a los recursos de la Unidad a la que está adscrito, sino que puede disponer de todos los de la Institución, cuando su médico los requiere. Nunca, antes de la seguridad social, pudo soñar el pobre jornalero que para su atención y la de su familia, podría contar con centros, cuyo equipo y personal especializado, difícilmente pueden sufragar los que gozan de una posición desahogada. Este apoyo a las necesidades del enfermo es un apoyo integral a la labor del médico; el cual se ve así liberado de la angustia que produce el tener que enfrentarse a aquéllo que con sus propios recursos no puede resolver. Dentro de la seguridad social no se ve nunca sujeto a las restricciones que impone el ejercicio liberal de la profesión; en donde la efectividad de su labor, por grande que sea su capacidad y buena que sea su intención, queda siempre limitada a los medios económicos de su enfermo. En cambio, en instituciones como la nuestra, tanto el en-

fermo como el médico cuentan con el apoyo de todas las instalaciones y de todo el personal especializado, por el solo hecho de necesitarlos.

Por lo tanto, la seguridad social no sólo es humana en cuanto a los beneficios que presta a sus afiliados; sino que también lo es para los que dentro de ella prestamos nuestros servicios. El médico no se siente nunca solo ante sus problemas, sino que cuenta con toda la ayuda del Instituto y con la protección de sus organismos sindicales. Goza de un salario estable y decoroso, que no es susceptible a los riesgos de enfermedad. Disfruta de una jornada limitada de trabajo, que le permite horas de esparcimiento, no sujetas a la intranquilidad de ser requerido en cualquier momento. Tiene períodos vacacionales bien programados, con la garantía íntegra de su salario, y sabe, además que cuenta con una serie de prestaciones que le dan seguridad personal y protección familiar, aún después de su fallecimiento.

Todas estas ventajas fueron traídas al médico por la seguridad social y prácticamente eran desconocidas antes de su advenimiento. Todos conocemos la vida que llevaron los médicos anteriores a nuestra generación y recordamos, incluso, la que llevamos nosotros mismos al iniciar nuestro ejercicio profesional. El médico tenía que trabajar intensamente, sin contar, muchas veces, con horas totalmente dedicadas al descanso. Su vida se desenvolvía en la angustia que mediaba entre su deseo de servir y la obligación de llevar lo necesario para su hogar. Eran pocos los que podían alcanzar una posición tan desahogada, que les permitiera el ahorro suficiente para prevenir las necesidades de su vejez o las eventualidades de una invalidez, de una muerte prematura o de otras tantas circunstancias a las que el médico, como cualquier hombre, no puede escapar. Es cierto que el médico, dentro de la seguridad social, no labrará nunca una fortuna; pero el solo hecho de haber escogido esta profesión lleva implícita la renuncia a una riqueza material, que, en nuestro caso, es substituida por la riqueza que nos da el espíritu de servir. A cambio de esa fortuna económica, la seguridad social nos da la confianza de un nivel de vida estable y decoroso, que no está sujeto a las circunstancias adversas por las que nosotros o los que de nosotros dependen, podemos atravesar.

Esto es lo que ha hecho la seguridad social por el hombre, en general, y lo que ha significado para nosotros, como médicos, en lo particular. Por lo tanto, justo es también que nosotros meditemos sobre lo que

hemos hecho y sobre lo que tenemos que hacer, si es que queremos corresponder a todos los beneficios, con los que nos ha prodigado.

Uno de los ataques más frecuentes que hemos recibido los médicos de la seguridad social, es el de asegurar que nos hemos convertido en simples burócratas asalariados; es decir, que hemos perdido nuestra verdadera personalidad como médicos. Y si somos lo suficientemente valientes, como para poder ser sinceros, estaremos de acuerdo en que en algunas ocasiones, nosotros mismos hemos dado motivo para esta absurda afirmación. Partamos de un hecho que es indiscutible y es el de que el médico, por su educación y por las particularidades tan especiales que tiene su profesión, es eminentemente individualista; y que ese individualismo tradicional lo ha trasladado a su ejercicio dentro de la medicina institucional, sin orientarse, por completo todavía, en lo que debe ser una justa apreciación de su propia personalidad. Nosotros, muchas veces dentro de la seguridad social, no queremos perder lo que es nuestra individualidad egoísta; pero sí nos desprendemos de lo que es nuestra personalidad positiva y fructífera. No se trata, pues, más que de una inversión de los factores, que estamos obligados a devolver a su sitio preciso. Debemos deshacernos de ese individualismo egoísta, que nos impide el cumplir con reglamentos que no tienen otro fin que el bien común, y debemos conservar el valor individual que como médicos tenemos siempre para con nuestros enfermos. A veces consideramos que por el hecho de trabajar dentro de un marco institucional, el enfermo deja de ser la persona que requiere nuestra particular atención y se convierte en una ficha o en una cédula de identificación, dentro de la gran masa en que queremos convertir a la población amparada. No podemos, ni debemos actuar como máquinas, dentro de procesos mecanizados, y el hecho de que ejerzamos dentro de la medicina institucional, no nos hace perder, ni un ápice, de lo que es nuestra personalidad como médicos. Nosotros mismos, no debemos caer en el error de olvidar la vigorosa razón humana que tenemos para subsistir como individuos, en el ejercicio de nuestra profesión. No debemos caer en la confusión de creer que la medicina institucional es sinónimo de medicina burocrática. No somos empleados; sino médicos que recibimos y otorgamos todos los beneficios que se derivan de la seguridad social. Y sólo la madurez de un verdadero criterio institucional, es la que puede defendernos de los peligros

de la burocratización, y la que le da solidez a nuestra personalidad como médicos; personalidad que podemos y que debemos conservar. El propio interés de la seguridad social, que es el de mantener los valores humanos a su más alto nivel, es el primero en querer conservar nuestra personalidad para beneficio de sus protegidos; ya que conservándola, nosotros como médicos institucionales, actuaremos como seres humanos ante los seres humanos que son nuestros enfermos; y el calor que se desprende de esa relación, estrecha e individual entre cada médico y su enfermo, es, sin duda, uno de los objetivos más codiciados de la seguridad social.

Otra de las objeciones que se le ponen a la medicina institucional, muy relacionada con la anterior es la de no darle al enfermo, generalmente, la oportunidad para que escoja al médico que lo va a tratar. Este es un tema interesante y de tal importancia, que su análisis requiere de un máximo de imparcial serenidad.

Ante todo, debemos reconocer la importancia que tiene la relación afectiva entre el médico y su paciente. Sin embargo, no podremos menos que estar de acuerdo en que el enfermo, por lo general, no está técnicamente preparado para juzgar sobre la capacidad profesional del médico que lo va a atender y que su elección la hace, casi siempre, por simpatía personal o por la recomendación de parientes o amigos, ayunos, también del criterio para escoger al profesional adecuado. Este hecho ha dado lugar, frecuentemente, a que el enfermo caiga en manos inexpertas, e incluso en la de charlatanes y gentes poco escrupulosas, totalmente ajenas a la medicina; pero que saben explotar la angustia y la incertidumbre, que todo enfermo lleva consigo. En nuestro caso, la seguridad social asume la responsabilidad de escoger para sus beneficiarios, al médico que juzga como el más adecuado. Esta responsabilidad y la importancia que le da, la han obligado a fijar normas para seleccionar al médico, tanto por sus cualidades humanas, como por su capacidad profesional. Es aquí, en donde la seguridad social vuelve a darle al médico toda la importancia que tiene como individuo; pues reconoce que a pesar de todas las medidas adoptadas y a toda su previsión, es al médico, como persona, al que le corresponde la mayor responsabilidad; ya que él es el único que puede borrar lo que de negativo pudiera tener su elección por parte del Instituto y sin la opinión previa del paciente. Sólo él es quien puede hacer que exista una estrecha relación

con su enfermo, y esta responsabilidad, más que sobre la Institución, recae sobre él como médico y como hombre.

Esta calidad humana, que es necesaria en todos los médicos que prestamos nuestros servicios dentro del Instituto, es absolutamente indispensable y en su más alto nivel para el médico familiar. Es lógico que todo aquel que siente vocación por la profesión médica, lleva consigo una dosis apreciable de humanismo; pero dentro de las diversas ramas de la medicina, se puede sentir atractivo por la investigación, por el trabajo de gabinete, por la cirugía, o por otras, que van requiriendo de cualidades humanas a distintos niveles; que, sin embargo, nunca serán tan altas como las que se deben exigir para el médico familiar, al que se hace responsable permanente de una población, que va a manejar en todos sus aspectos, tanto físicos como psicológicos.

El médico familiar debe estar consciente de que su ejercicio es la concepción más humana de una doctrina que es humana por excelencia, como lo es la de la seguridad social. En realidad, reproduce dentro del marco institucional todo lo que de positivo tenía el antiguo médico de familia; pero sin limitaciones económicas y con todo el respaldo de una organización que, con sus recursos materiales y humanos, está siempre dispuesta a ayudarlo en la atención de su enfermo.

La mayor responsabilidad del médico familiar radica en el hecho de que él es el eje sobre el que gira toda nuestra medicina institucional; ya que la obligación del resto de los médicos que en ella prestamos nuestros servicios, no es otra que la de auxiliarlo en la labor que él lleva a cabo con la población que tiene encomendada. No se debe entender con ésto que su responsabilidad profesional sea mayor, pues ante los pacientes, todos y cada uno de nosotros tenemos la misma responsabilidad; pero mientras el especialista o el médico de un servicio de urgencias atiende al enfermo por lapsos más o menos limitados, él asume la responsabilidad de una atención íntegra y permanente. Pero esta atención no sería la adecuada, si el médico familiar no comprende que sobre todas sus obligaciones están las de conocer, comprender y querer a sus

derechohabientes; para que con su ejemplo y con su autoridad moral, se convierta en el consejero, en el amigo y en el guía de las familias que están bajo su cuidado.

El advenimiento del sistema médico familiar, con el sentido humano que individualiza la relación del médico y que lo hace responsable íntegro de un sector de población, es la réplica más absoluta a quienes consideran que la seguridad social convierte al médico en un simple burócrata. Seguramente que ni dentro, ni fuera de la medicina institucional hay ejercicio más humano y más completo que el del médico familiar; puesto que su función no sólo protege, íntegramente al derechohabiente; sino que, también le da al médico la seguridad, la comodidad y la confianza que como hombre se merece. Probablemente y en un futuro, será el sistema médico familiar, con su apoyo institucional, uno de los pocos refugios que le queden al indispensable ejercicio de la medicina general.

* * * * *

Todo lo anterior sólo es la síntesis de algunos conceptos que son básicos en la medicina y en la seguridad social. Nos toca a nosotros, como médicos, el lograr que sus objetivos sean una realidad positiva y no sólo una utopía ilusoria. Si en realidad lo que buscamos es el bien del hombre, debemos trabajar incansablemente, desde luego y sin dejarlo para después; sin conformarnos con lo que hicimos ayer y sin que nos reste fuerza el cálculo de lo que haremos mañana; pues muchas veces recordando el pasado o planeando el futuro, lo único que hacemos es eludir nuestra responsabilidad de hoy; de un presente que requiere de todo nuestro esfuerzo, si queremos vivir y que nuestros hijos vivan en un mundo mejor, libre de angustia, con ideas más limpias y con realidades más justas. Tenemos la obligación de trabajar para que nuestra vida no sea inútil para nuestros semejantes y que nuestro paso por ella deje la huella de algo de provecho al servicio del hombre. Para que cuando la dejemos haya más justicia que cuando llegamos a ella, y que podamos irnos tranquilos de que nuestro esfuerzo fue dedicado a algo más positivo que el simple hecho de vivir.